

EL REY CUERVO



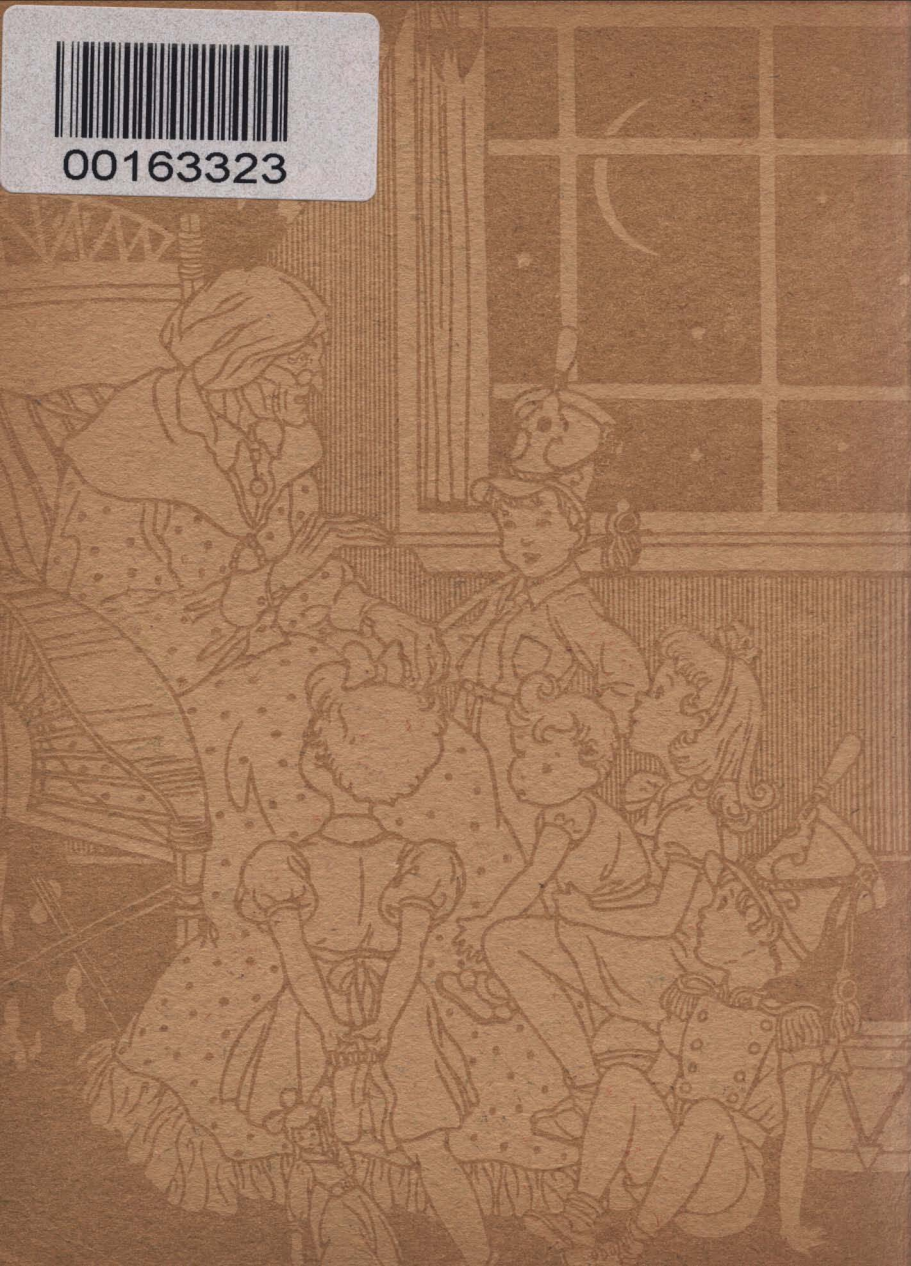
0.10
EN TODA LA
REPUBLICA
Y 65 DE TOR

DIAZ

CUENTO DE
GUILLERMO CARLOS
Y LUIS JACOBO
GRIMM



00163323



CUENTO DE
GUILLERMO CARLOS
Y LUIS JACOBO
GRIMM



EL REY CUERVO

EDITORIAL TOR

Rio de Janeiro 760

—

Buenos Aires

CUENTOS INFANTILES

LA ABEJA

LA ABEJA

LA MEJOR Y MAS ECONOMICA COLECCION INFANTIL ILUSTRADA
HAN APARECIDO HASTA LA FECHA:

- | | |
|---|--------------------------------------|
| 1 - Pinocho en el teatro de títeres | 46 - La bella Dorigen |
| 2 - Blancanieves y los 7 enanitos | 47 - Las salamandras azules |
| 3 - Los príncipes encantados | 48 - Los zuecos maravillosos |
| 4 - La bella durmiente del bosque | 49 - Las tres hermanas |
| 5 - Juanfuerte | 50 - Fábulas de Iriarte |
| 6 - Piel de asno | 51 - El niño raptado |
| 7 - La princesa y el erizo | 52 - Barba Azul |
| 8 - Ali Babá y los 40 ladrones | 53 - Tanino el hormiguero |
| 9 - La inocente mensajera | 54 - Gulliver en el país de gigantes |
| 10 - Pinocho en campo de milagros | 55 - El tejedor de Segovia |
| 11 - El pájaro verde | 56 - El príncipe Cododac |
| 12 - Pulgarcito | 57 - La amiguita de los pájaros |
| 13 - Los maestros cantores | 58 - La señorita Scuderi |
| 14 - El rey del río de Oro | 59 - Fábulas de Esopo |
| 15 - Caperucita Roja | 60 - Constancia |
| 16 - Las tres princesas | 61 - Nicolás y Nicolásín |
| 17 - El triunfo del zorro | 62 - Los rosales de la reina |
| 18 - Pinocho en la isla de las abejas | 63 - El enfermero del Chacho |
| 19 - La princesa picarona | 64 - Grisélidis |
| 20 - Simbad el marino | 65 - Alicia en el país de maravillas |
| 21 - Cansión de Navidad | 66 - Aladino |
| 22 - Un viaje maravilloso | 67 - Genoveva de Brabante |
| 23 - El niño que se volvió hormiga | 68 - La Sirenita |
| 24 - El enano Zacarías | 69 - Peter Pan |
| 25 - Pinocho en gruta del monstruo | 70 - El patito feo |
| 26 - El legado del moro | 71 - Hombre que vendió su sombra |
| 27 - El gato con botas | 72 - Los tres pelos del diablo |
| 28 - El hada de Granville | 73 - Hansel y Gretel |
| 29 - De los Apeninos a los Andes | 74 - La flor del pantano |
| 30 - Meñique | 75 - El buque fantasma |
| 31 - El rey Cuervo | 76 - La cámara del tesoro |
| 32 - Almendrita | 77 - La desobediencia |
| 33 - Pinocho en el país de juguetes | 78 - El tarro de aceitunas |
| 34 - El niño perdido | 79 - El mensajero de la corona |
| 35 - Robin Hood | 80 - La camisa del hombre felis |
| 36 - La isla encantada | 81 - La verdad sospechosa |
| 37 - Pif Paf | 82 - La graciosa Emelia |
| 38 - La carga liviana | 83 - El muchacho afortunado |
| 39 - La alfombra mágica | 84 - La novia elegida |
| 40 - El pájaro que reía | 85 - Las dos estatuas |
| 41 - La Cenicienta | 86 - La botella encantada |
| 42 - Aventuras del rey Beder | 87 - El mercader de Venecia |
| 43 - El muchacho y la fortuna, Fábulas de Samaniego | 88 - La obligación |
| 44 - Pinocho en el fondo del mar | 89 - El favorito ingenioso |
| 45 - Gulliver en el país de enanos | 90 - Los dos ruiseñores |

UN VERDADERO ESFUERZO EDITORIAL Y
ARTISTICO SIN PRECEDENTES EN AMERICA

Se ha hecho el depósito que exige la Ley 11.723.



EL REY CUERVO

La princesa altiva

I



ACE muchos, muchísimos años, en un remoto país vivía un rey que, a pesar de su poder y de la marcha próspera de los asuntos de su gobierno, no se consideraba feliz. ¿Y saben cuál era la causa de la infelicidad del monarca? Su hija.

Esta era considerada la más hermosa de las princesas, pero tenía un grave defecto: la altivez. Nadie la aguantaba, por su carácter orgulloso, y muchos estaban resentidos por haber sido víctimas de su cruel desdén. Puesto que era la hija única de un monarca poderoso, a la vez que la princesa

más hermosa del mundo, todo lo que recibía le parecía poco.

De allí que, cuando llegó a la edad de elegir marido y su padre le presentó a los mejores príncipes que aspiraban a su mano, no se decidió por ninguno, pues ninguno le parecía digno de tenerla por esposa.

Sin embargo, el rey, su padre, no se dió por vencido. Deseando tener quien lo pudiera suceder dignamente en el trono, quería a toda fuerza casar a su orgullosa hija.

Aceptando con santa resignación el poco éxito de las primeras tentativas, decidió celebrar grandes fiestas en su palacio para atraer a los príncipes más encumbrados de los países próximos y lejanos, con la esperanza de que alguno llegara a vencer la frialdad de su terca y orgullosa heredera.

Con la debida anticipación se fueron anunciando las fiestas y se mandaron emisarios a diversas cortes. No faltó un pretexto para cada fiesta que justificara la invitación a tales o cuáles caballeros de sangre real.

Para dar mayor interés a las reuniones palaciegas, el mismo rey hizo circular el rumor de que la princesa elegiría en uno de los saraos al que iba a ser su esposo.

Y así fué cómo del rincón más apartado del mundo llegaron reyes, príncipes y caballeros de alta alcurnia, que aspiraban a la blanca y enojada mano de la desdeñosa niña.

II

Desfile de pretendientes

Y empezaron las fiestas en palacio.

Todos los invitados expresaban su admiración por el lujo que reinaba en los salones y por la cuidada organización, en la que no se había omitido el menor de los detalles. Y no ocultaban que



Ningún regalo lo consideraba bastante...

esperaban admirarse más cuando apareciera ante ellos la hermosa heredera de aquel trono.

Por eso fué un instante de intensa emoción aquel en que el rey hizo su entrada llevando de la mano a su encantadora hija.

Sin embargo, había algo en ella que chocaba y repelía: su desdenosa altivez.

Cuando le presentaron a un príncipe gordito, exclamó:

—No sabía que los cerdos habían mandado también a su soberano.

Luego le tocó el turno a un rey alto y flaco, y le dijo la princesa:

—Es inútil vuestra pretensión. Los espárgos no me gustan.

Al tener ante sí a un gran duque de pequeña estatura, exclamó:

—Si vos sois gran duque, ¿cómo serán los duques pequeños en vuestro país?

A un príncipe de cutis colorado, le dijo:

—Tenéis cara de borracho. Y posiblemente lo sois.

Y así, uno después de otro, los fué rechazando a todos. Los infelices, profundamente mortificados, no sabían dónde esconderse.

Aunque ninguno se libró de sus hirientes bur-las, hubo uno, sin embargo, con el cual se ensañó de una manera sangrienta.

Este era un rey casi tan orgulloso como ella. Disfrutaba de buen porte e iba lujosamente vestido, pero tenía una barbilla terminada en punta y una afilada nariz aguilena que le daban un raro aspecto de ave de rapiña.

Cuando la primera lo tuvo ante sí, se le quedó mirando con asombro, como si estuviera contemplando un fenómeno de feria. Su gesto era tan impertinente, que el joven soberano se sintió molesto y avergonzado. Y su bochorno llegó al colmo cuando ella, pasado el estupor del primer instante, dijo:

—En mi vida vi una cara más parecida a la de



Mandaron emisarios a diversas cortes.

un cuervo. ¿Y decís que es un rey? Pues será un rey cuervo.

Y rubricó su insultante frase con una estrepitosa carcajada.

Para no prolongar el estado de violencia en que se encontraban los invitados, el rey dispuso que inmediatamente se diera comienzo al baile. Y unos por corresponder al buen deseo del monarca y otros por el afán de olvidar el mal rato pasado, todos se entregaron a la danza y a las demás diversiones que completaban el programa de fiestas. Solamente uno decidió no olvidar la ofensa recibida: el llamado Rey Cuervo.

III

El castigo

Cuando, terminada la última fiesta, no quedó ningún invitado, el rey se encontró con que su esfuerzo había sido vano, pues su hija quedó sin decidirse por ninguno de los numerosos y encumbrados festejantes.

No ocultó su enojo, enojo que subió de pronto cuando, al dirigirse a la princesa reprendiendola por su comportamiento, ésta le contestó que no había encontrado a ningún pretendiente digno de ella. Entonces dijo el rey, con voz de trueno y expresión colérica:

—Puesto que los has despreciado a todos, te casarás con el primer mendigo que llame a las puertas de palacio. No lo olvides.

Pasaron dos días sin novedad. Ningún pordiosero llegó a palacio en demanda de una limosna. Recién al tercero apareció uno mal vestido y desgredado. A cambio de las monedas que le daban, tocaba el mandolín y cantaba con dulce y afinada voz.

La princesa, a la que le gustaba mucho la música, le hizo cantar dos tonadas populares. Una vez que hubo terminado y cuando ya se iba a retirar, el rey lo llamó y le dijo:

—Te he estado escuchando, y me gustan mucho tu canto y tu música. Y hasta tu misma persona no me desagrade. Tan no me desagrade, que te concedo la mano de mi hija.

—¿Es posible, majestad? —contestó el mendigo, resistiéndose a dar crédito a sus oídos.

—¿Qué? ¿Acaso rechazas a la princesa?



Un príncipe colorado...

—Al contrario, majestad... Pero me parece estar soñando.

Como imaginarán, la princesa estaba desesperada.

—¡Padre mío! —exclamó, entre despavorida e indignada—. ¿Cómo puedes entregarme a un miserable mendigo? Soy tu hija. ¡Soy una princesa!

—Eres lo que quieras, pero serás la esposa de un mendigo. Es el castigo que te impongo por haber desdeñado a reyes y príncipes.

Y no hubo escapatoria. Media hora más tarde se celebraba la boda de la hija del rey con el limosnero.

Una vez realizada la ceremonia, el soberano lla-

mó a su presencia a los recién casados y les dijo:

—Ya os habréis imaginado que no podéis permanecer aquí. Un mendigo, por apuesto que sea y por bien que cante, no debe vivir en el palacio de un rey, aunque este rey sea su suegro. Debéis, pues, iros, y que Dios os acompañe.

La princesa estaba tan abatida, que no tuvo ni ánimo para formular una protesta.

Y marido y mujer se echaron a andar por esos mundos de Dios.

IV

El hogar miserable

Detrás del mendigo, y sin dejar de llorar, iba la desdichada princesa. A él parecía dejarlo insensible la aflicción de su esposa, no ocultando la satisfacción que le producía haber realizado semejante boda.

Después de caminar durante varias horas, se internaron en un frondoso bosque.

La princesita, a la que el cansancio había amortiguado la desesperación, no se mostró indiferente ante la hermosura del lugar donde se encontraban.

—¡Qué bosque magnífico! —dijo, sin poderse contener—. ¿No sabes, marido mío, a quién pertenece?

—¿Es posible que no lo sepas? ¡Si lo sabe todo el mundo! Este magnífico bosque pertenece a ese que dicen que tú insultaste con el remoquete de Rey Cuervo.

Después de haber informado a su esposa, el



Y, arrojándose a los pies de su padre...

mendigo reanudó la marcha. Ella lo seguía en silencio, entregada a tristes reflexiones. Y se decía mientras caminaba:

—¡Qué mal me porté al menospreciar a aquel poderoso monarca! ¡Hasta este mismo limosnero sabe que me burlé del Rey Cuervo! ¡Y qué tonta fuí al no aceptarlo por esposo!

Después de atravesar varios bosques a cual más soberbio, llegaron a una eminencia desde la que se divisaban unos fértiles campos cuidadosamente trabajados.

El mendigo se dió vuelta y le dijo a su esposa:

—¡Lindas cosechas van a levantar este año los agricultores!

—Es cierto —contestó ella—. ¡Y de quién son esos sembrados?

—Del Rey Cuervo.

—¡Del Rey Cuervo?... ¡Qué tonta fuí al no casarme con él!

A la caída de la tarde vieron no muy lejos una enorme ciudad, tan magnífica y deslumbrante, que la recién casada no recordaba haber visto otra igual en sus visitas a las cortes.

—¡A quién pertenece esta hermosa población? —preguntó la princesa.

—Al Rey Cuervo.

—¡También al Rey Cuervo?... ¡Y pensar que yo pude haber sido su mujer!

—Ya me estás fastidiando con tanto sentir no haberte casado con el Rey Cuervo.

No tardaron en verse junto a una miserable choza ante la cual el limosnero se detuvo, diciendo:

—¡Ya hemos llegado!

—¡Qué quieres decir? —preguntó ella, temiendo adivinar.

—Que ya hemos llegado a nuestra casa. Es ésta.

—Bueno... ¡Qué se va a hacer! Lo importante es que ya hemos llegado. ¡Y qué hacen los sirvientes, que no vienen a recibirnos?

—¡Los... qué?

—Los sirvientes. Tus sirvientes, que ahora serán míos también.



—¡Qué hermoso bosque! ¿A quién pertenece?

Por toda respuesta, el marido de la princesa lanzó una estruendosa carcajada.

—¿De qué te ríes?

—¿Y de qué quieres que me ría? ¿Quién te ha dicho que los mendigos tenemos sirvientes?

—¿Quién te sirve, entonces?

—Hasta ahora me he servido yo mismo, pero, puesto que ya tengo mujer, en adelante me servirá ella, o sea, tú. Y desde ahora mismo. Vamos para adentro, enciende el fuego y prepara un guiso para la cena. ¡Rápido, que tengo un hambre que me caigo!

La pobre niña no se atrevió a protestar y mucho menos a decir que no sabía hacer nada de aquello. Intentó encender el fuego, pero no lo consiguió. Entonces el mendigo, largando unas cuantas maldiciones, tomó la leña y enseñó a su esposa cómo se hacía para encender el fuego. Luego preparó él mismo un guiso, que los dos comieron con buen apetito. Después se acostaron y no tardaron en quedarse dormidos como troncos.

Apenas apuntó el día, el pordiosero se despertó y, sacudiendo rudamente a su mujer, le dijo:

—¡Vamos, levántate, que ya es hora!

Pero la princesa, a la que todavía le duraba el cansancio, rezongó un poco y se dió vuelta del otro lado dispuesta a seguir durmiendo.

El mendigo se levantó y mientras se vestía dijo, gritando:

—¡Vamos, princesa de la cucha! Levántate, si no quieres que te haga levantar yo de mala manera... ¡Vamos, que tienes que barrer la casa!

La princesa se incorporó un poco, se restregó los ojos y preguntó:

—¿Es verdad que tengo que barrer?

—¿Y quién si no? Aquí no hay otra mujer que tú. Conque, ¡arriba!

Dándose cuenta de su verdadera situación, la infeliz se levantó, y barrió la choza como mejor supo, que, por supuesto, fué bastante mal. Su ma-



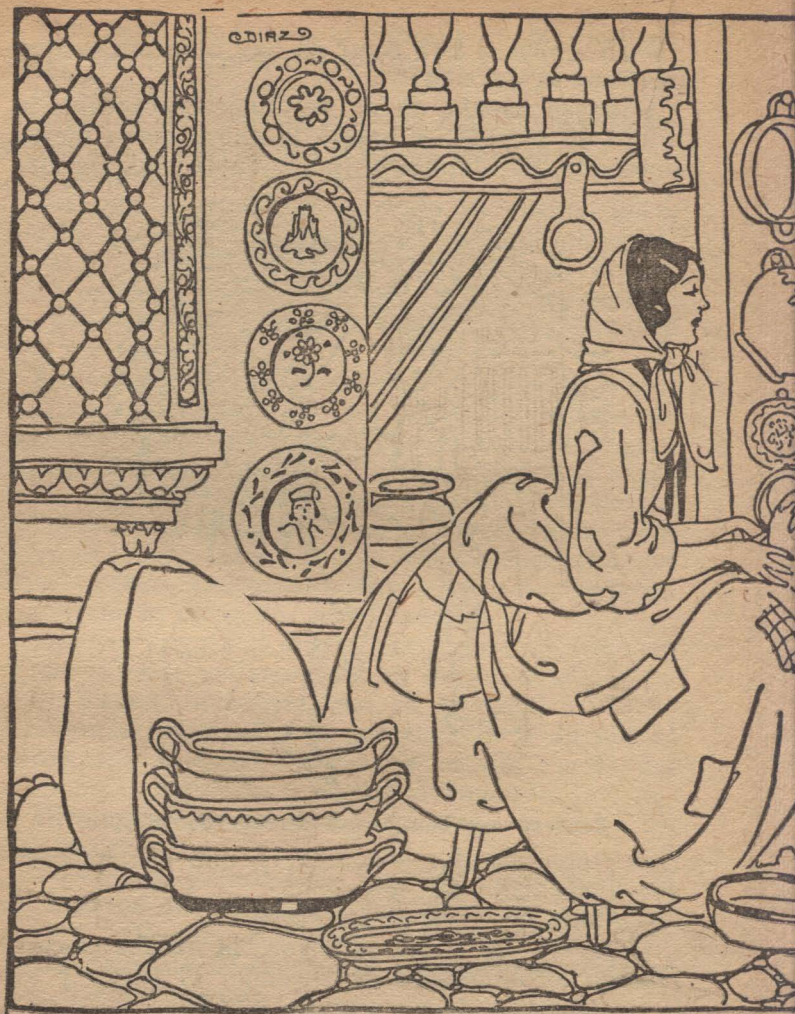
Regresó con una buena porción de mimbre.

rido fingió no darse cuenta, y una vez que vió que había dado fin, le ordenó:

—Ahora prepara el almuerzo.

Como en la noche anterior, la recién casada fracasó en el intento de encender el fuego y en la preparación de un sencillo puchero.

¡Bien caro estaba pagando su necio orgullo!



Mientras estaba pregonando su mercancía



apareció un soldado que, por lo visto, estaba ebrio.

El trabajo

Y así pasaron dos días en los que, mal que bien, la princesa aprendió las sencillas labores domésticas de un hogar tan miserable como el que le había tocado al casarse con un pordiosero. A la mañana del tercero, le dijo su marido:

—Como se acabó la comida, desde hoy debemos empezar a trabajar de veras.

—¿Y en qué quieres que trabaje, pobre de mí? —dijo ella, lanzando un suspiro.

—Puedes empezar por algo que sabe hacer todo el mundo: canastos de mimbre. ¿Qué te parece?

—Si no hay más remedio, me pondré a hacerlos.

—Claro que no lo hay. Y mientras tú aprovechas el tiempo en esa industria, yo saldré a pedir limosna con mi mandolina.

Salió el hombre y poco después regresó con una buena porción de mimbres que puso en manos de su esposa para que se entregara de inmediato a la tarea. Hecho lo cual partió llevando su instrumento en la espalda.

La princesa hizo lo posible por cumplir con la orden de su marido, pero le salió tan mal que cuando el pordiosero regresó no encontró nada que pudiera ser vendido. Además, las finas manos de la joven estaban todo lastimadas.

—No debes seguir con ese trabajo —dijo al fin el limosnero—. Resulta demasiado duro para tus blancas manos. Ya veremos mañana si se me ocurre otra cosa.

Y al día siguiente, mientras se desayunaban, él le dijo:

—He pensado que puedes ganarte bien la vida hilando. Precisamente, aquí en un rincón tengo una rueca y un huso, y el cáñamo necesario para que empieces a trabajar de inmediato.

Cuando su marido hubo salido a mendigar, la infeliz princesa se dedicó al hilado, pero con tan poca suerte que, transcurrida una hora, ya tenía los dedos hechos una llaga viva.



Vendiendo cacharros de barro...

Al regresar el pordiosero, se encontró con que su mujer no había podido hilar casi nada. En cambio, tenía las manos poco menos que inservibles para cualquier otro trabajo. Esta vez el hombre no ocultó su enojo y le habló a su mujer de esta manera:

—Por lo visto, no sirves para nada. ¡Lindo negocio hice al casarme contigo!

Ella se deshizo en lágrimas, lo que ablandó al iracundo esposo, quien terminó por decir:

—Bueno, no llores más. Hasta me parece que

he dado con algo que podrás hacer sin inconveniente.

—¿Qué es?

—Con las monedas que hoy he conseguido, te compraré unos cuantos cacharros de barro, y los irás a vender al mercado. ¿Qué te parece?

—Me parece bastante mal. Por lo visto, olvidas que soy la hija de un rey.

—Pues escucha, princesa —le dijo el mendigo airadamente—; no te permito que te opongas a mis deseos. Cuando yo te mando una cosa, debes cumplirla. Y si no la cumples a las buenas, me obligarás a que te la haga cumplir a estacazos.

La reprimenda no fué inútil. Tan no fué inútil, que al día siguiente la orgullosa princesa estaba vendiendo cacharros de barro en el mercado de la ciudad. Primero se sentía incómoda; pero después, viendo que nadie la reconocía, se tranquilizó.

Además, no le fué mal en su nuevo trabajo. Como todavía se conservaba linda, llamaba la atención de todos los que iban al mercado, y le compraban alguna cosa con el único deseo de recibir una mirada de agradecimiento de sus bellos ojos.

Gracias, pues, a ese humilde comercio, el mendigo y la princesa vivieron tranquilamente durante una temporada. Hasta que un día a ella le pareció pequeño el puesto que ocupaba, y resolvió instalarse en una esquina, agregando a los cacharros de barro una buena variedad de piezas de loza.

Y mientras estaba pregonando su mercancía, apareció un soldado que, por lo visto, estaba ebrio. Montaba un brioso caballo, y antes de que nadie lo pudiera evitar, las patas del animal hicieron



Se hicieron pedazos todos...

pedazos todos los artículos que la princesa tenía a la venta.

Pasada la impresión del primer momento, la infeliz mujer prorrumpió en amargo llanto y se dirigió a su pobre choza sin el dinero que pensaba sacar de la venta.

No tardó en llegar también su marido. Lo primero que le dijo, después de lanzar un juramento, fué lo siguiente:

—Tú lo arreglas todo con lágrimas. Y con lágrimas no se arregla nada. Podías haberte imaginado que en la esquina de una calle tan concurrida era inconveniente instalar un puesto de

cacharros. ¡Qué imbécil he sido! Pero te prevengo que si con eso esperas librarte del trabajo, estás completamente equivocada.

Y, dando un portazo, salió de la choza, sin importarle que su mujer se quedara adentro bañada en lágrimas y gimiendo desesperadamente.

VI

Las sobras

La infeliz princesa no encontraba consuelo a su aflicción. Cualquiera persona, y hasta cualquier animal, se le antojaban más dichosos que ella.

Y también consideró más feliz que ella a un perro famélico que se detuvo a hurgar en el tacho de los desperdicios; a unos pichones que se habían caído del nido, y a unos gatitos que un chico acababa de abandonar en la orilla de un arroyo próximo. Todo, porque ninguno de ellos tenía que soportar el mal humor de un marido sin pizea de consideración.

Y siguió llorando sin consuelo.

Ya era bien entrada la tarde cuando regresó el pordiosero. Apenas entró, le dijo:

—¿Sabes una cosa?

—¿Qué? —respondió ella, esperanzada.

—Que te he encontrado trabajo. ¡Y hay que ver el trabajo que da buscar trabajo para los demás!

—No lo dudo, maridito mío.

—Ya me lo puedes agradecer, ya.

—Te lo agradezco de todo corazón.



Tuvo que fregar los pisos.

—Si no fuera por lo mucho que uno se preocupa, no sé qué sería de esta casa.

—¿Y qué trabajo has encontrado?

—Verás... Cuando salí de aquí, después del gran disgusto que me acababas de dar, eché a andar por esas calles en busca de algo adecuado a tus aptitudes. Pero tus aptitudes son tan pocas, que no se me ocurría nada. Pero, al grano... Andando, andando, llegué a la calle a la cual dan los fondos del palacio del rey. De las rejas de los sótanos venía un tufillo a comida que hacía abrir el apetito de par en par. Llamé a la puerta y apareció el mayordomo. Al verme, me dijo:

“—Perdone, hermano; hoy no es día de limosna. Tiene que venir los jueves.

“—No es limosna lo que vengo a pedir —exclamé.

“—¡Ah! ¿No?... ¿Qué es, entonces?

“—Trabajo.

“—¿De jardinero?... ¿De pinche de cocina?

“—No; de lavandera o algo así.

“—¿De lavandera usted?

“—¿Y quién le dice que busco trabajo para mí?

“—¿Y para quién, entonces?

“—Para mi mujer.

“—¡Ah, bueno! Pero, mire; de lavandera no hay. Si quiere de fregona, en la cocina...

—Como era, precisamente, lo que deseaba, le dije que sí. Cerramos trato, y aquí me tienes con la orden de que vayas en seguida a las cocinas de palacio.

—¿No será un trabajo difícil? —le preguntó la infeliz mujer, sin ánimo para indignarse ante la desfachatez del malvado.

—¡Qué va a ser difícil! Y, aunque lo fuera, debes hacerlo. Y hacerlo bien, pues, si te echan por inútil, te rompo las costillas.

—¿Cuánto pagan? —se atrevió a preguntar ella.

—Nada. Hemos quedado en que trabajarás solamente por la comida.

—Está bien. Yo comeré. ¿Pero tú?

—Yo también comeré, pues me guardarás parte de lo que te den, y me lo traerás sin que se den cuenta.

Inmediatamente se dirigió a las cocinas de palacio, donde la ocuparon en los más bajos menes-



Las sobras de la fuente.

teres. Tuvo que lavar toda la vajilla, desplumar aves, pelar papas y fregar los pisos.

Cuando llegaba a la casa, lo primero que decía el marido era:

—¿Y? ¿Qué me traes hoy? Espero que habrás tenido buen cuidado de elegir lo mejor.

—Sí, maridito mío. Mira: aquí tienes unas salchichas con salsa, estofado con papas, pescado frito y arroz con leche.

—¡Ah, muy bien, muy bien! —decía el mendigo relamiéndose de gusto por anticipado.

En seguida se sentaba a la mesa y se ponía a

devorar las sobras, cosa que a ella no dejaba de complacerle.

VII

La fiesta

Y así pasaron tres semanas.

Una noche el jefe de la cocina comunicó al personal a sus órdenes que se iba a celebrar una gran fiesta en palacio.

Terminado su trabajo, se permitió a los hombres y mujeres de servicio en la cocina asomarse con discreción a las puertas de las salas para contemplar la fiesta. Ninguno rechazó la oportunidad que se le ofrecía de presenciar aquel brillante espectáculo. Y la más interesada de todas era la princesa de nuestro cuento.

Ante aquel soberbio espectáculo, la desesperación se apoderó de la infeliz. Y maldijo la vanidad que la había llevado a la triste condición en que se encontraba. Y envidió a las mismas damas que antes, por no tener el rango de princesa, había despreciado ostensiblemente. ¡Qué feliz se consideraría ahora si pudiera ostentar simplemente la corona humilde de baronesa!

VIII

La sorpresa

Cuando más desdichada se sentía, avanzó hacia ella un apuesto príncipe vestido con un magnífico traje recamado de oro y cubierto de piedras preciosas.



La más interesada de todas era...

Ante el asombro de todos los presentes, tomó de la mano a la miserable lavaplatos y la invitó a bailar. ¡Era nada menos que el Rey Cuervo, aquel de quien se había burlado tan despiadadamente!

Quiso escabullirse antes de que la reconociera, pero él se lo impidió. La asió fuertemente de una mano, tan fuertemente, que al hacer ella un esfuerzo violento para soltarse, se le rompió el pio-lín en el que estaban atados los tarros que contenían las sobras de la comida para su marido y se desparramó todo el contenido sobre el lustrado piso, ofreciendo el feo aspecto que es de imaginar.

Y entonces ocurrió lo que nadie imaginaba: el Rey Cuervo se inclinó reverentemente ante la desconcertada mujer, a la vez que le decía:

—Seca tus lágrimas, ¡oh, princesa!, y no su-
fras más.

¡Princesa! ¿La había llamado princesa? ¿Sa-
bía lo que se decía el rey?

Esto se preguntaban todos, mientras ella, la
verdadera princesa, pensaba:

—¿Me habrá reconocido?

Como adivinando lo que pensaba la infeliz fre-
gona, le dijo su gentil compañero:

—Mírame bien. ¿No me conoces?

Ella levantó la vista; se fijó en aquella cara y
en aquellos ojos y no se atrevió a decir lo que
pensaba. Tan disparatado le parecía:

Y continuó el Rey Cuervo:

—El mendigo que se casó contigo y el Rey
Cuervo somos una misma persona.

—¿Es posible, señor? —pudo decir ella, más
confundida que nunca.

—¡Y tan posible! Como fuí el último en reti-
rarme del palacio de tu padre; pues lo hice cuan-
do él creía que ya no quedaba ningún invitado, oí
por casualidad lo que te dijo en un acceso de ira
cuando juraba que te iba a casar con el primer
pordiosero que llamara a las puertas de palacio.
Entonces decidí disfrazarme de mendigo. Me puse
una barba postiza que me ocultara la barbilla
que fué objeto de tus burlas, me vestí las raídas
ropas que le compré a un limosnero, tomé la man-
dolina en cuya ejecución soy maestro y volví al
palacio de tu padre. Lo demás ya lo sabes: llegué,
canté, recibí una limosna de tus manos, y tu ma-
no como limosna. También yo fuí aquel soldado
beodo que con su caballo destrozó tu puesto de
loza en la esquina del mercado.



*La desesperación se
apoderaba de la infeliz.*

—¿Es posible?... ¿Es posible?... —sólo atinaba a decir la princesa.

Y siguió el Rey Cuervo:

—He conseguido lo que me propuse: domar tu soberbia y rebajar tu orgullo. Sé que estás curada de tu pasada altanería y arrepentida de los desdenes que prodigaste a propios y extraños. Por lo tanto, considero que ha llegado el momento de que terminen tus penas. Te proclamo, pues, delante de todos, esposa del Rey Cuervo y dueña y señora de este palacio en el cual has realizado los más bajos menesteres.

La joven pareja se vió inmediatamente rodeada por los cortesanos e invitados a la fiesta, en-

tre los que estaba el padre de la joven, el cual, al enterarse, se abrió paso para estrechar entre sus brazos a su desconocida hija.

Por su parte, la princesa, ahora reina, no sentía el menor resentimiento por las vicisitudes sufridas. Correspondió a las tiernas pruebas de cariño de su padre, le agradeció el rigor que le había permitido enmendarse y unirse con un hombre a quien quería, y también tuvo frases de gratitud para el Rey Cuervo, que en su papel de mendigo tan buenas lecciones le había dado.

Se dirigió a los aposentos que le estaban reservados y, después de cambiar sus humildes ropas por las de reina, reapareció en el salón, donde continuó la fiesta con más animación que antes.

Y al día siguiente se casó por segunda vez con el mismo hombre, para que constara que era la legítima esposa del rey Cuervo.

IX

La heredera

Y cuentan las crónicas que aquella que había sido la más soberbia de las princesas tuvo una hija que a medida que crecía iba revelando los mismos defectos que tantos disgustos habían causado a su madre.

Para que no se repitiera en la princesita lo que le había pasado a la entonces esposa del Rey Cuervo, ésta puso su hija bajo el cuidado de unos modestos labradores de su confianza, con los cuales la niña fué creciendo a la vez que recibía lecciones de humildad y aprendía a conocer las necesidades y alegrías de la gente del pueblo.



Al hacer un esfuerzo violento...

Hasta que no tuvo quince años no volvió a reunirse con sus padres, empezando entonces una segunda educación, que era la que correspondía a su rango. Pero jamás olvidó la vida pasada al lado de los labradores. Y así, cuando contrajo matrimonio con un príncipe heredero y llegó a ser reina de un poderoso país, fué una sabia y digna colaboradora de su real esposo.



Se terminó de imprimir en Buenos Aires, en los Talleres Gráficos de la Editorial TOR, el día 20 de octubre de 1944.

Sc
WJ
C-LA
31





OF INFANTILEI
A ABEJA